

duda si nosotros hubiéramos entrado en pormenores en que, por varios motivos, no queremos entrar: en una historia general no caben, y además los sucesos son muy recientes, la verdad es difícil de depurar y poner en claro, y no estaría bien que acusásemos á nadie sin razones y sin pruebas sobradas. En el momento en que hierve la pasión política ó de partido, los periódicos suelen desmandarse y desatarse en insultos, tal vez calumniosos, tal vez con algun fundamento aunque sin prueba plena. El historiador grave no puede hacerse eco de tales voces.

Diremos, sin embargo, que deslucieron mucho este gobierno de Narvaez y este pleno dominio de los conservadores la impaciente ambición y la feroz rivalidad que habia entre ellos. Divididos por estos malos sentimientos, mas acaso que por amor á la probidad y á la justicia, se hicieron entre sí guerra encarnizada, como quien trata de arrebatarse vida por vida y honra por honra.

El primer triste y escandaloso espectáculo que se dió bajo el gobierno de Narvaez fué la cruel acusación contra el ex-ministro Salamanca, sostenida por Seijas Lozano y llevada al último extremo de violencia por don Pedro José Pidal, el cual llegó á decir que de cien millones mandados convertir por el Sr. Salamanca de libranzas pertenecientes á la Casa Real, habian entrado veinticinco millones en su poder. El Sr. Salamanca contestó: «Se ha vulnerado lo mas sagrado de mi honra y ¡en qué circunstancias!; cuando yo no puedo defenderme!; cuando no me es permitido tomar la satisfacción que exigen los hombres de honor!; ¡yo ahora exijo y quiero un juicio; quiero pruebas; si no se me dan, el Sr. Pidal será un calumniador!»

En dos bandos los conservadores, en esta áspera y fea lucha, se destrozaron y denigraron cruelmente. A don Patricio de la Escosura, por ejemplo, que al defender á Salamanca habia ponderado su liberalidad, contestó Pidal furioso: «A mí no me han roto pólizas, ni me han cubierto fragilidades humanas.»

Se veían en todo esto, á mas del odio ó de la indignación del Sr. Pidal contra Salamanca, los síntomas de la agitación del espíritu del Sr. Pidal, movido por su soberbia y por el íntimo convencimiento de que él era el mas poderoso representante del partido conservador en toda su pureza y de que á él tocaba formar parte esencial del gobierno en aquellas circunstancias difíciles, y llevar á él, en vez de la política vacilante y tibia de Narvaez, el espíritu de represión mas dura contra la revolución europea. El pensamiento y la intención de Pidal se ven claros en una carta que escribió á don Leopoldo O'Donnell, tratando de llamarle al poder y de hacerle la espada de su partido, en vez de la de Narvaez, que consideraba inútil. «La corona del Rey ciudadano, decía Pidal, está próxima á que ruede por las calles de París; muy pronto hemos de ver al pontífice juguete de los mismos á quienes ha dado franquicias sin limitación. Don Ramon quiere la popularidad teatral y callejera de Espartero, como si el partido progresista pudiera perdonarle ni derribar á su ídolo, remendado y barnizado en la emigración.... Veo que Narvaez no va á ver la tormenta, sino cuando le caiga encima.... Antes de que llegue ese caso, se necesita aquí un hombre de menos arrebatos y tan apuesto para la esgrima como para poner en buenas condiciones la contienda, que vendrá sin remedio.»

A Narvaez le habian dado, hasta cierto punto con injusticia, fama de feroz y de intratable. Tal vez sería fácil probar que no habia tal cosa. Narvaez, es cierto, tenia prontos y arranques de cólera un tanto infantil, sobre todo con gente menuda ó inferior á él que queria igualársele y tratarle con una familiaridad excesiva ó irreverente que en España se emplea; pero, en el fondo, Narvaez era dócil y sabia contemporizar y aun se dejaba guiar con frecuencia mas de lo justo. El mismo Pidal, en la misma carta á O'Donnell, da muestras, al acusar á Narvaez, de que el exigente y el imperioso, era él y no el acusado. «Es tan absoluto en su propia opinion que no oye mas que al que se la lisonjea; y yo, que no he nacido para mercenario, le contradigo, y para no sufrir réplicas absurdas, me abstengo de hablarle.»

Como se ve, Pidal era aquí el enojado y el soberbio. Cuenta

Bermejo que, deseoso Narvaez de amansarle, fué en su busca y tuvo con él una conferencia; que Pidal, para justificar su parecer, habló de la inminente revolución que en Francia preveía; que Narvaez se burló de tales pronósticos; y que, por extraña coincidencia, en medio de este debate, entró Sartorius á corroborar las razones y las profecías de Pidal, con un telégrama en la mano, participando que Luis Felipe habia huido, que en Francia se hallaba establecida la república y que se ignoraba el paradero de la duquesa de Montpensier. El caso es posible, y como posible, no como cierto, le damos. De todos modos, la profecía de Pidal no era muy difícil de hacer, pero la negación de la profecía por Narvaez, llevada hasta el extremo que el señor Bermejo supone, es harto inverosímil. Aunque Narvaez habia estudiado poco ó nada en los libros, tenia gran conocimiento de los hombres y no corta perspicacia; y, en el momento mismo de la revolución, no es de creer que estuviese tan ciego que hasta su posibilidad negase. La conferencia, pues, de Narvaez y de Pidal y el desenlace que tuvo, interviniendo en él Sartorius con el telégrama, parece mas que hecho real un apólogo que tira á manifestar que Narvaez habia sido transigente con los progresistas, pensaba en el turno pacífico de los conservadores con aquel partido, y se mostraba liberal y parlamentario, porque en su ceguera no veía la onda ascendente de la democracia que iba á inundar el mundo y á sumergir los tronos. Nosotros hacemos mucho mas favor á Narvaez: creemos que preveía, como cualquier otro hombre político, y mejor aun, todo lo que podria suceder; pero que no era de aquellos á quienes el miedo de graves peligros agría la bilis y excita á la violencia, sino que era reposado y sereno en tales ocasiones, ya fuese para conjurarlos, ya para arrostrarlos y vencerlos en abierta lid. A nuestro ver, no cambió súbitamente Narvaez las reglas de su conducta al recibir la nueva del establecimiento de la república en Francia. Persistió y pensó en lo mismo que antes. Se apercebía para la resistencia, si llegaba á venir el ataque, como vino. Y aun en medio de la lucha y hasta en el engreimiento de la victoria, siguió Narvaez consecuente con sus primeras opiniones y no renegó nunca de sus doctrinas liberales ni cayó nunca en exageraciones reaccionarias como tantos hombres del partido conservador, entre los cuales sobresalía Donoso Cortés, en quienes el miedo de la revolución rayó en locura. Por él pensaron y dijeron que eran llegados los tiempos apocalípticos; que el Antecristo andaba ya por el mundo, cuyo profetizado fin se venia encima á mas andar; y otros disparates no menos impropios de políticos serios, por mas que, puestos en verso ó en prosa poética y sublime, die ran asunto á bonitos discursos y á preciosos libros de entretenimiento, como el *Ensayo sobre el Catolicismo*.

Narvaez se habia limitado á tomar las debidas precauciones y á obtener la autorización de las Cortés para ejercer, durante el peligro, una verdadera dictadura. Y si bien contra esta autorización hablaron en el Congreso Infante, Cortina y Escosura, y si bien los liberales acudieron á la Reina, con muchas exposiciones de Madrid y de provincias, negando la necesidad de la autorización y pidiendo que no se concediese, la autorización, como ya hemos dicho, fué concedida.

Del uso que Narvaez hizo de ella tambien hemos hablado concisamente.

Narvaez, segun sus entusiastas admiradores, sostuvo firmes el trono y las instituciones, mostrando que España no se dejaba arrebatar por el recio huracan revolucionario que desolaba á toda Europa; pero cuando los hombres de Estado emplean su actividad en cosas tan grandes, parece como que descuidan ó miran con desprecio las pequeñas, y tal vez creen que, prestando tan extraordinarios servicios al país, el país no debe tener inconveniente en pagar caro, sufriendo toda clase de desórdenes administrativos y económicos, en virtud de un orden mas alto que se establece para que en lo porvenir se realice.

Así Sartorius, ministro de la Gobernación y poderoso auxiliar de Narvaez en todo, empezó desde luego á crear la *poliquería* ó dígame su partido, colocando sin escrúpulo en las dependencias de su ministerio á cuantos le eran ó queria que le fuesen devotos, y publicando luego decretos para arreglar

bien la administración ó sea para evitar que fuesen efímeros é inestables sus caprichosos favores.

La ira ó la envidia de unos moderados contra otros hizo además que en el concepto del vulgo apareciese menos delicada de lo que fuera menester la conducta de muchos hombres de dicho partido. Los amagos de acusación contra los gabinetes Pacheco y García Goyena y contra el ministro Portillo y la acusación ahogada contra Salamanca, no pudieron menos de dar lugar á sospechas, á habillitas y á feas cavilaciones.

Aumentáronse estas con rumores de graves escándalos ocurridos en la Bolsa y que dieron motivo para una interpe-lación en el Congreso del diputado progresista Monte Castro.

Narvaez y Miraflores habian prohibido en la Bolsa las jugadas á plazo, pero Salamanca volvió á restablecerlas con la condición de que se hiciese el depósito del papel, en cuyo caso adquirirían los contratos fuerza ejecutiva. Los agentes de cambio serian responsables de las operaciones á plazo cuando hubiese depósito. La junta sindical, al recibir este decreto, le interpretó, dejando á los agentes de cambio, bajo su responsabilidad, el cuidado de asegurarse del depósito ó de la provision de fondos. En tal estado, algunos especuladores jugaron al alza, á plazo, y perdieron grandes sumas por culpa de los acontecimientos de Francia; pero, como no habian hecho el depósito, pretendian eludir la obligacion en que se hallaban. Entonces el señor Bravo Murillo expidió una real orden previniendo, con arreglo al decreto dado por Salamanca, que para que las operaciones á plazo tuviesen fuerza civil de obligar era menester que el depósito estuviese constituido, y añadiendo que, para cortar abusos, el depósito debia hacerse en el Banco español de San Fernando. Esto excitó grandes murmuraciones y descontento en la Bolsa, donde se suponía y propalaba que el ministro habia dado la real orden con el fin de favorecer á personas que le eran muy allegadas. Para atajar estas murmuraciones tuvo el ministro que dar otra real orden, aclarando la primera y diciendo que no habia sido su propósito dar efecto retroactivo á la necesidad de constituir los depósitos en el Banco.

La nueva real orden, no obstante, no podia satisfacer á las gentes, porque si bien no exigía para las operaciones ya pasadas el depósito en el Banco, dejaba en duda la responsabilidad de los agentes de cambio respecto al depósito. Aumentó el descontento la determinación tomada por la junta sindical de levantar á algunos agentes la suspension que ya pesaba sobre ellos por haber faltado al requisito del depósito segun se prevenia en el decreto de Salamanca. Contra el levantamiento de la suspension se protestó enérgicamente en un documento dirigido á la junta sindical y firmado por hombres de respeto como Urquijo, Arenzana, Olea, Bayo y otros. De aquí que creciese la sospecha mas ó menos fundada de que el ministro queria favorecer á ciertos especuladores, los cuales se hallarian en un descubierto de mas de nueve millones de reales si seguía el descrédito de nuestros efectos públicos hasta el vencimiento de los plazos. De todos modos aparecia que el ministro se habia descuidado en el cumplimiento de su deber y habia consentido en que durante cinco meses se cometiesen ilegalidades en la Bolsa.

La minoría del Congreso quiso entender en este negocio, examinar los documentos reclamados por Mendizabal, formar expediente y dar dictámen; pero la mayoría rechazó en votación nominal la investigación propuesta.

La minoría no cejó, sin embargo, en su empeño de aclarar asuntos que se rozaban con la moralidad administrativa y pidió tambien por medio de una proposición que se presentasen varios expedientes sobre la adjudicación de trozos de carreteras.

Como coincidieron con esto la suspension de las sesiones de Cortés, el interregno parlamentario y el empezo de la dictadura omnimoda y de nueve meses, durante los cuales no se pudo hablar ni escribir sino lo que el ministerio queria ó toleraba, los maldicientes lo atribuyeron todo, no solo al deseo que tenia Narvaez de salvar el trono y las instituciones, sino tambien al alivio y sosiego que le proporcionaba el quitarse de encima asuntos tan enojosos como el de la Bolsa y el de las carreteras.

Durante los nueve meses de dictadura, ya hemos dicho que Narvaez se lució, sobre todo vistas las cosas desde lejos. Vistas de cerca, no es lícito negar que hubo despilfarro de arbitrariedad y de dureza; pero no fué la mayor culpa de Narvaez, sino de aquellos que le excitaban y aplaudian, creyendo que no se salvan los países sino con medidas muy enérgicas y dando palo de ciego, y que el tipo ideal de los gobernantes y de los dictadores es el protagonista de un sainete que se titula *El tonto alcalde discreto*, el cual acaba por poner en la cárcel á los concejales, á sus hijos, á los alguaciles y hasta á la propia alcaldesa.

Al cabo para los tres ó cuatro motines que hubo, en que apenas intervinieron los paisanos, no fué poco lujo de deportación el enviar á ochocientos á las Islas Filipinas, á cerca de trescientos á las Baleares, á unos ciento á Canarias y á algunas docenas á las Antillas, segun los cálculos del señor García Ruiz en sus *Historias*. Pero ¡qué mucho, si el ex-ministro don Patricio de la Escosura fué preso para ser deportado aunque logró escaparse, y si Gonzalez Brabo fué confinado en Cádiz como conspirador!

Ya lo hemos dicho: el terror, cruel y perverso consejero de violencias, se habia apoderado de las clases conservadoras, que, no solo en España, sino fuera de España, con sus aplausos y excitaciones engreían y embriagaban á Narvaez.

Antes de hablar de lo que ocurrió en las Cortés, una vez abiertas de nuevo, conviene volver la vista atrás y referir aquí en breves palabras lo que durante el año de 1848 habia ocurrido en Europa.

La revolución, animada del espíritu neo-güelfo, empezó en Italia por estilo muy católico y hasta en cierto modo aristocrático y elegante, esto es, tomando parte en ella, por su carácter especial en Italia, los hombres científicos, los literatos y las personas mas acomodadas y distinguidas. Algo hizo Pio IX para que le alzases por ídolo, pero fué mas lo que fantasearon los neo-güelfos á fin de hacerle pasar por un Julio II á la moderna, ansioso de libertar á su patria. Así es que el Padre Santo, tal vez sin darse razon exacta del porqué, excitaba un entusiasmo frenético y todo se volvía aplausos, himnos y serenatas.

El entusiasmo por el Papa, salvó pronto las fronteras de los Estados Pontificios y luego se difundió por Italia y por toda Europa. El ya citado libro de Gioberti, *Primado de Italia*, daba la clave para explicar el entusiasmo. En resumen, Gioberti sostenia lo que sigue: que la redención de Italia es imposible sin el concurso de la religion; que la península no puede ser una y libre si Roma no conquista derechos políticos; y que la sola organizacion buena de Italia era una confederación presidida por el Papa.

Para los neo-güelfos aparecia como verdad inconcusa que Pio IX se habia ceñido la tiara para realizar la idea de Gioberti.

Cárlas Alberto, rey de Cerdeña, que habia sido siempre muy absolutista, pero que era tambien muy ambicioso y advertía atentamente el movimiento de la opinion, creyó al cabo llegado el instante de ponerse al frente de ella y dirigirla, á fin de tener en Italia la hegemonía, si se confederaba, y tal vez de arrojar á los bárbaros ó dígame á los austriacos. Cárlas Alberto concedió, pues, en octubre de 1847, algunas reformas en sentido liberal, dió algunas esperanzas de combatir á los austriacos, y esto bastó para que le ensalzases, á par de Pio IX, llamándole Espada de Italia. A poco, el gobierno pontificio entró en negociaciones con el Piamonte y con Toscana para hacer una liga aduanera que preparase la liga política.

El espíritu revolucionario cundia, en tanto, por todas partes y acabó por dar razon de sí de un modo mas violento en Sicilia. Cobrando ánimos los liberales de Nápoles, con la sublevación no sofocada de los sicilianos, hicieron una gran demostración en la capital, moviendo y casi obligando al Rey á dar una constitucion y una amnistía. Viendo los otros príncipes de Italia que el Rey de Nápoles, que pasaba por el menos liberal de todos los príncipes, se liberalizaba hasta el punto de ser constitucional, no quisieron ser menos que él y dieron tambien sendas constituciones. Hasta el Papa dió la suya, el día 14 de febrero.

La suavidad benigna de esta revolución de color de rosa vino á turbarse al cabo con las noticias de la nueva revolución de Francia. No nos incumbe entrar aquí en las causas y antecedentes de esta revolución; baste decir para comprender lo temerosa que se mostraba, que establecía la república y que traía por primera vez á la práctica, con aspiraciones de realizarse en el poder, á un nuevo partido ó secta, dividido en diversas escuelas, y conocido, en el conjunto de sus principios mas esenciales, con el nombre de socialismo.

El ejemplo de París fué contagioso. En Viena se levantaron los liberales el día 13 de marzo, sirviéndoles de grito de guerra una proclama del húngaro Kossuth, pidiendo reformas en el imperio y régimen interior é independiente para las diversas nacionalidades confederadas. El pueblo sublevado venció á la pequeña guarnición que había en la capital, y el Emperador se vió obligado á quitar á Metternich, á dar libertad de imprenta, á dejar que se organizase la guardia nacional, y á convocar una asamblea para la reforma de la Constitución.

La noticia del alzamiento triunfante en Viena excitó en cierto modo la animación de los milaneses, los cuales tuvieron durante algunos días un combate glorioso con la guarnición austriaca, y obligaron al cabo al mariscal Radetzky á retirarse con ella. Así Milan se vió libre. Brescia, Como, Bérgamo, Cremona y Venecia, siguieron los pasos de Milan, expulsando también ó haciendo prisioneras á sus guarniciones.

La victoria del pueblo del Milanesado y del Véneto hizo rayar en delirio la alegría y el furor bélico de los liberales y patriotas del resto de Italia y sobre todo de los piemonteses. Todos creían llegado el momento de que la Espada de Italia se desnudase en favor de su independencia. Las fuerzas de Carlos Alberto se suponían mayores de lo que eran. Se aseguraba que su ejército pasaba de setenta mil hombres, que había muchas armas y municiones en los parques, que el Estado Mayor era un modelo y que la oficialidad ansiaba la lucha.

Carlos Alberto temía, sin embargo, no poder por sí solo combatir y vencer al Austria; del socorro de los otros príncipes italianos desconfiaba por lo ineficaz, y recelaba del de Francia por hartó peligroso para su trono. De aquí que estuviere vacilante é indeciso hasta que se supo en Turin, como segura, la victoria de los milaneses sobre los soldados de Austria. Entonces no pudo ya resistir mas Carlos Alberto á la corriente que le arrastraba y se decidió á desnudar al cabo la espada y á ir en socorro de Lombardia. Todos los demás príncipes italianos prometen entonces hacer lo mismo, estos se, declaran la guerra al Austria: el duque de Parma y el de Toscana, y con mas fervor que ninguno el Rey Fernando de Nápoles, que llega á excitar á sus vasallos para que corran armados á defender las llanuras lombardas.

La resuelta actitud de Carlos Alberto y el triunfo de los milaneses dieron nuevo impulso á la revolución italiana. Los príncipes ó tuvieron que ceder á este impulso ó tuvieron que vacilar y aun que empezar á mostrarse hostiles al movimiento revolucionario. El Padre Santo cedió hasta cierto punto; llegó á expulsar á los jesuitas y hasta excitó á los soberanos á enviar representantes á Roma con el intento de formar una liga política. La idea, sin embargo, de que esta liga fuese para una guerra contra un príncipe católico, como era el Emperador de Austria, hizo retroceder al Papa con un espanto tan piadoso y honrado como falto de lógica. ¿Era acaso de presumir que los austriacos fuesen á abandonar sus dominios en Italia movidos de la dulce persuasión y sin apelar á las armas? ¿Era de presumir tampoco que todo aquel movimiento federativo no aspirase á mas que á incluir á los austriacos en la confederación, dado que buenamente no quisieran irse? Evidente es pues que se necesitaba hacer la guerra y que el Papa como soberano temporal no solo tenía el derecho sino el deber de hacer la guerra si el interés de su pueblo lo exigía. Así es que, desde el momento en que dijo á los diputados que le pedían la guerra contra el extranjero: *pensad en que Roma no es ya grande por su poder temporal, sino por ser asiento de la Iglesia católica*, acabó con las grandes esperanzas que su advenimiento había suscitado, aniquiló el partido neo-

griello, quitándole su credo, y hasta hizo abdicación terminante, aunque implícita, tanto de la preponderancia política que querían darle, como del mezquino y vacilante poder temporal que conservaba.

No se trata de dilucidar aquí si el Papa hizo bien entonces ó mejor dicho si hizo lo que no podía menos de hacer, por no ser tolerable en nuestros días un Papa guerrero al frente de una liga de pueblos cristianos armados contra otros pueblos cristianos. Bástenos saber que el Papa, movido sin duda de interés mas sagrado y sublime, rompió entonces con la revolución y con sus propósitos; propósitos que él mismo había alentado con grandes é imprevisoras condescendencias. Desde entonces la revolución, que en Italia, en Francia, en Alemania, en el mundo entero, había recibido á Pio IX con entusiastas y prolongadas aclamaciones, se hizo contraria al Papa. Esto prueba varias cosas: la primera de todas, la extraordinaria fuerza que aun manda el catolicismo, y la segunda que la revolución no es anticatólica por el mero prurito de ser anticatólica. Los revolucionarios llamaban al Papa el Rey Santo, el Rey del Evangelio, el Rey de la Libertad, el Rey universal de las Naciones, el Rey del Corazon y de la Conciencia, el Primero entre los Reyes, el Gran Mentor, el Modelo de los Soberanos y el Rey Unico, en fin, dominador de la tierra y restaurador de las sociedades. En la prensa periódica, en la tribuna, en libros y folletos, en todas partes resonaban gritos de placer, himnos de aplauso y entusiasmo en honra del justo y liberal soberano de Roma. No podía el Papa abandonar su palacio sin verse abrumado por turbas revolucionarias, locas de amor y gratitud, que le seguían en tropel, atormentándole con vivas y aclamaciones. A tal punto llegaron las cosas que el mismo pontífice, en una circular, tuvo que prohibir con tono severo las incesantes demostraciones de afecto. Se dirá acaso que esto era maquiavelismo revolucionario, hipócrita adulación para ganar al jefe de la Iglesia, pero que en el fondo los liberales eran impíos. Tal suposición, sin embargo, es absurda. No cabe maquiavelismo tan refinado en el ánimo de las muchedumbres. Tal vez algunos demagogos, tal vez algunos corifeos liberales eran anticatólicos, no confiaban en la duración y en la energía del liberalismo papal, y empleaban las ya citadas artes maquiavélicas, pero, al emplearlas, daban claro testimonio del invencible poder con que se había ganado la tiara la voluntad de la revolución. Aun despues, apartado el Papa de ella, nunca dijeron ni hicieron, no ya las turbas, pero ni Gavazzi, ni Mazzini, ni Garibaldi, lo que en Nápoles habían dicho los palaciegos absolutistas contra el Robespierre pontífice, y lo que habían pensado en Austria, queriendo mover un cisma y declararle antipapa.

No cabe duda: la revolución durante algunos meses fué católica y pontifical. En Italia se llevó esto hasta ciertos términos pintorescos y poéticas apariencias, que pudieron excitar un poco la sonrisa de los hombres graves y profanos. La bandera italiana, por ejemplo, tomó por colores los colores simbólicos de las tres virtudes teológicas, fe, esperanza y caridad, colores de que apareció vestida, al altísimo poeta, en la cumbre del purgatorio, y poco antes de subir al cielo, Beatriz ó la ciencia divina. Se compusieron y se cantaron himnos donde por este místico estilo se explicaban y se comentaban dichos colores. El grito de guerra de los que combatieron y vencieron ó murieron en Milan fué: ¡Dios y Pio IX! *Cruzada* se llamó la guerra que se promovía contra el Austria, y los voluntarios, pocos ó muchos, que se alistaron para ir á esta guerra, se llamaron *cruzados*, y en el pecho y en los morriones se pusieron la cruz como signo y lábaro santo de la victoria. Las cosas, entre tanto, por celos y rencillas de los príncipes y por la desunión de los pueblos, fueron de mal en peor. Influyó en la malandanza, menester es confesarlo, lo peregrino, nuevo y confuso que debía sonar en los oídos del pueblo bajo de muchas regiones, apartado hacia mucho tiempo de todo pensar político, el plan de que Italia fuese una y la idea de que eran hermanos todos los habitantes de aquella península y de la mayor isla adyacente.

La revolución no pudo menos de tener en un principio algo, mas que de popular, de erudito y aun de escolástico. La singularidad de llamar bárbaros á los austriacos era una

prueba de ello. Así es que poco hicieron contra los austriacos los pueblos y los ejércitos de Italia, salvo los mismos habitantes del Véneto y de la Lombardia y el ejército de Carlos Alberto. Las divisiones intestinas de cada Estado, sobre todo del reino de las Dos Sicilias, impedían que sus fuerzas se dirigiesen contra el enemigo común. El 15 de mayo de 1848, un motin absurdo, suscitado en la ciudad de Nápoles y sofocado por el Rey, con violencia y sangre, hizo que en aquel país se perdiese de hecho la libertad y empezase la reacción.

Austria hasta entonces, acosada por todas partes de revoluciones y trastornos, parecía que iba á sucumbir; pero pronto, sacando fuerzas de su interior energía, volvió á tomar la ofensiva. Mientras que el Rey de Nápoles, hallando ocasión y pretexto en la revuelta del 15 de mayo, retiraba su ejército de la guerra santa contra los bárbaros, nuevos ejércitos de estos bajaron por los Alpes, ocuparon de nuevo el territorio veneciano y recuperaron una á una las ciudades, aunque todas opusieron resistencia.

Radetzky arrojó luego al ejército piemontés de todos los puntos estratégicos que sucesivamente iba ocupando, hasta hacerle repasar el Tesino. Los austriacos lo reconquistaron todo menos Venecia. En el mes de agosto, los austriacos entraron en Roma, asegurando que no iban contra el Papa sino contra las bandas que á pesar del Papa los habían hostilizado. Entonces, por última vez, atacada Bolonia por los austriacos y defendiéndose con valor, se oyeron sonar, enlazados en un viva, como santo grito de guerra, los nombres de Italia y Pio IX. Poco tiempo despues, Pio IX eligió por ministro á Rossi, el cual, en circunstancias tan difíciles, ni se decidió abiertamente por la reacción, ni pudo, ni quiso seguir el movimiento revolucionario. De esta suerte excitó los ánimos contra él, y al ir á presentarse á las Cámaras, que acababan de abrirse, fué muerto á puñaladas. Este asesinato, según el gusto clásico de Harmodio, Aristigiton y Bruto, fué celebrado, en Roma y en otras partes de Italia, con versos y canciones.

Tan terrible catástrofe llenó de espanto el ánimo del benigno Sumo Pontífice. Atacado en su propio palacio y creyendo que iba á ser juguete sacrilego de las turbas, no se creyó seguro en Roma y huyó á Gaeta.

Abandonada Roma por el Papa, convocó una asamblea constituyente, y, reunida esta el 5 de febrero de 1849, destituyó al Pontífice de su soberanía temporal y proclamó la república.

Hemos contado hasta aquí con mayor extensión los sucesos de la revolución italiana por lo que importaban á España como nación católica y porque España intervino luego activamente en la restauración del Padre Santo, llevando de nuevo sus estandartes y sus soldados, con harta menos gloria, oportunidad y motivo razonable, á una tierra en que había predominado durante siglos.

Aunque sea adelantando los sucesos y para terminar rápidamente el cuadro de la revolución italiana, diremos que Carlos Alberto y su ministro Gioberti quisieron restaurar en sus tronos al Papa y al duque de Toscana para evitar á Italia el vejámen de nuevas invasiones extranjeras. «La Cámara del Piemonte, dice César Cantú, miró como un fratricidio el proyecto de Gioberti, el cual entonces, dejando su cartera, halló el acostumbrado salario de la popularidad, á saber, el ultraje y el olvido; pero los recibió con una dignidad que pocos conocieron, volviendo sin riquezas y sin títulos á la activa quietud de sus estudios inmortales.»

Carlos Alberto, poco despues, quiso tentar la última prueba y en Novara sufrió una grandísima derrota. Triunfantes los austriacos, la Espada de Italia abdicó la corona y se refugió con su dolor en la ciudad de Oporto, donde murió á poco tiempo. Su hijo, Víctor Manuel, tuvo que comprar la paz y la integridad de su Estado por doscientos ochenta millones de reales.

Carlos Alberto, en nuestro sentir, es una figura noble y simpática y no fué víctima de ambición desahogada, presuntuosa é impaciente, sino que murió cumpliendo con su deber de Rey y de caballero, sin adelantarse en nada: retenido por la prudencia, hasta que de todo punto le fué necesario

adelantarse. Los demás príncipes de Italia habían dado ya libertades á sus pueblos; los austriacos habían ocupado ya á Ferrara, violando los tratados, y trayendo sobre sí la protesta del Papa; el príncipe de Metternich había escrito ya una insolentísima carta al gran duque de Toscana, llamando *absurdas* las reformas, oponiéndose á que se hicieran, y mezclándose en los negocios interiores de un modo denigrante y atentatorio á la independencia de todos los Estados italianos; el Papa era liberal y el gran duque de Toscana era liberal y ambos estaban ya desavenidos con el Austria; y el Rey de Nápoles aparentaba ya por fuerza ser liberal, aunque no lo fuese; cuando Carlos Alberto tuvo que decir que *estaba pronto á refrenar la insolencia del extranjero*, y tuvo que dar á su pueblo las reformas de que gozaban ya los otros. Mas que adelantarse, quiso aparecer como movido por extraño impulso y por imprescindible necesidad. Su amigo querido César Balbo, á quien, á pesar de su prudente liberalismo y de sus pacíficas *esperanzas*, había tenido el Rey lejos de sí por demasiado liberal, pudo exclamar entonces lleno de alegría: *Por último.... veintisiete años hacia que estaba yo esperando en Carlos Alberto*. Pero Carlos Alberto, si correspondió á esta esperanza, fué, como hemos dicho, despues que la necesidad parecía que le impulsaba á ello y despues que los milaneses, habiendo logrado, en cinco días de batallar heroico, arrojar de Milan á los austriacos, le llamaron en su auxilio. El mal éxito, pues, de la forzosa empresa no debe mirarse como castigo de impaciente ambición. No sucumbió el Rey como quien muere en lance promovido por la vanidad ó por la codicia, sino como quien acude á un duelo á muerte por imprescindible caso de honra.

La conducta del gobierno piemontés, despues de la rota de Novara, fué digna de todo elogio. En los demás Estados, la reacción tomó vuelo de una manera lastimosa.

Dos repúblicas conservaron aun, durante algun tiempo, su independencia. La una fué Venecia, que, gobernada por su último Dux, el abogado Manin, resistió magnánima un largo sitio y un espantoso bombardeo, y tuvo que capitular al cabo, consumidos ya todos sus víveres y municiones y diezados sus defensores por el cólera y por el hambre. La otra república fué la de Roma, la cual terminó antes; pero del deplorable fin que tuvo habremos de hablar mas por extenso en otro capítulo.

No cumple á nuestro propósito seguir tan detenidamente como en Italia los sucesos de la revolución que conmovió también á Alemania toda. El Austria estuvo á punto de disolverse, combatida en opuestos sentidos por las diversas nacionalidades que componen aquel imperio y que cada una reclamaba para sí cierto grado de independencia ó de predominio. Los bohemios soñaban con la restauración de un Estado eslavo. Los magiares querían reivindicar sus privilegios de noble raza conquistadora. La asamblea constituyente, que se reunió en Viena, elegida casi por sufragio universal, presentaba el mas extraño aspecto, y es probable que casi ni materialmente se entendieran los diputados, que hablaban diversas lenguas y que representaban pueblos con muy distinto grado de cultura.

La Hungría rebelada exigía que el gobierno enviase un ejército á someterla. Los revolucionarios se alzaron, dieron muerte cruel á Latour, ministro de la Guerra, y se hicieron dueños de la capital. El Emperador huyó. La asamblea quedó soberana. Pero el triunfo popular duró poco. Tres ejércitos imperiales cayeron juntos sobre Viena y la tomaron por asalto. A los horrores de la entrada de los soldados en la ciudad, se siguieron otros no pequeños, al hacer duros castigos en los vencidos rebeldes. El emperador Francisco abdicó y subió al trono su sobrino Francisco José. Fué su ministro el príncipe Félix de Schwartzberg, á cuya entereza, habilidad y serena política, se debió acaso que el imperio austriaco no fuese.

No solamente en Austria, sino en toda Alemania ardía la revolución y vacilaban los tronos. Federico Guillermo de Prusia tuvo que ceder también al ímpetu revolucionario, y, despues de haber dado una batalla en las calles, convocó una asamblea constituyente. En Baviera, el Rey se vió obligado á abdicar